

## LORD KEYNES y LA LEY DE- SAY<sup>1</sup>

Ludwig von Mises

La principal contribución de Lord Keynes no consiste en el desarrollo de nuevas ideas sino “en escapar de las viejas”, como él mismo declaró al final del prefacio de su *Teoría general*. Los keynesianos afirman que su logro inmortal consiste en la “refutación absoluta” de lo que se dio en llamar ley de los mercados de Say. El rechazo de esta ley, según afirman, es esencial entre todas las enseñanzas de Keynes; las demás proposiciones de su doctrina derivan necesaria y lógicamente de esta idea fundamental y se derrumban si se demuestra la ineficacia de su ataque a la ley de Say.<sup>2</sup>

Sin embargo, es importante destacar que la llamada ley de Say fue concebida en un principio para refutar doctrinas que contaban con el apoyo popular en las épocas que precedieron al desarrollo de la economía como rama del conocimiento humano. No formaba parte de la nueva ciencia económica enseñada por los clásicos. Era más bien introductoria, exposición y refutación de ideas perversas e insostenibles que confundían a las personas y constituían un serio obstáculo para un análisis razonable de las circunstancias.

Cuando los negocios no marchaban el comerciante promedio tenía dos explicaciones a mano: el mal era causado por la escasez de moneda y por un exceso general de producción. Adam Smith, en un famoso pasaje de *La riqueza de las naciones*, impugnó el primero de estos mitos. Say se dedicó principalmente a la refutación total del segundo.

Mientras una cosa definida siga siendo un bien económico y no un “bien libre”, su oferta no será, desde luego, absolutamente abundante. Aún habrá necesidades insatisfechas que una oferta mayor de los bienes en cuestión podría satisfacer. Todavía existirán personas que desearían obtener una mayor cantidad de este bien, comparada con aquella de que actualmente disponen. Si hablamos de bienes económicos, nunca puede existir una absoluta sobreproducción. (Por otra parte, la economía sólo se ocupa de los bienes económicos, no de los bienes libres como el aire, que no son objeto de acciones humanas intencionales y que por lo tanto no son producidos; en consecuencia, no tiene sentido referirse a ellos con términos tales como exceso de producción o producción insuficiente.)

Con respecto a los bienes económicos, sólo puede existir sobreproducción *relativa*. Mientras los consumidores demandan cantidades definidas de camisas y zapatos, los productores han fabricado, por ejemplo, una cantidad de zapatos mayor y una cantidad de camisas menor. Este no es el caso de una producción excesiva general de todos los bienes. A la producción excesiva de zapatos corresponde una producción insuficiente de camisas. Por lo tanto, la consecuencia no puede ser una depresión general en todas las ramas de los negocios. El resultado es un cambio en la relación de intercambio entre camisas y zapatos. Si, por ejemplo, un par de zapatos equivalía anteriormente a cuatro camisas, ahora sólo equivale a tres. Mientras que los negocios andan mal para los fabricantes de zapatos, al mismo tiempo marchan bien para los fabricantes de camisas. Los intentos para explicar la depresión general del comercio por una supuesta producción excesiva general son, por ende, inconducentes.

Los bienes, afirma Say, son en última instancia pagados por otros bienes, y no por dinero. El dinero es sólo un medio de intercambio comúnmente usado; sólo cumple el rol de intermediario. Lo que el vendedor quiere, en definitiva, recibir en pago de los bienes vendidos, son otros bienes. Por lo

---

<sup>1</sup> *The Freeman*, 30 de octubre de 1950

<sup>2</sup> P. M. Sweezy en *The New Economic*, ed. por S. E. Harris, New York, 1947, p. 105.

tanto, cada bien producido es, por así decir, un precio por otro bien producido. La situación del productor de cualquier bien mejora con el aumento en la producción de otros bienes. Lo que puede perjudicar los intereses del productor de un bien definido es su fracaso en prever correctamente el estado del mercado. Ha sobreestimado la demanda de su bien y subestimado la demanda de otros bienes. Para este empresario fracasado, los consumidores no resultan útiles en absoluto; compran sus productos sólo a precios que lo hacen incurrir en pérdidas y lo fuerzan a cerrar su negocio si no corrige sus errores a tiempo. Por el otro lado, aquellos empresarios que han tenido éxito al prever la demanda del público obtienen beneficios y están en condiciones de expandir sus actividades. Según Say, ésta es la verdad, a pesar de las confusas afirmaciones de algunos hombres de negocios según las cuales la dificultad principal radica en vender y no en producir. Sería más adecuado decir que el primero y principal problema de los hombres de negocios es producir de la mejor manera y en la forma más económica aquellos bienes que satisfagan las necesidades más urgentes del público, aún no satisfechas.

De esta manera, Smith y Say invalidaron la explicación más antigua e ingenua del ciclo económico, proporcionada por comerciantes ineficientes a través de expresiones populares. Es verdad que lo logrado por ambos es sólo una refutación. Echaron por tierra la creencia de que la repetición de períodos de depresión era causada por la escasez de moneda y por una producción excesiva general, pero no nos brindaron una teoría completa sobre el ciclo económico. La primera explicación de este fenómeno la dio mucho más tarde la British Currency School.

Las importantes contribuciones de Smith y Say no fueron completamente nuevas y originales. La historia del pensamiento económico demuestra que algunos puntos esenciales de su razonamiento provienen de autores más antiguos. Esto no disminuye en manera alguna sus méritos. Fueron los primeros en tratar el tema sistemáticamente y en aplicar sus conclusiones al problema de las depresiones económicas. También fueron, por lo tanto, los primeros en ser objeto de violentas andanadas por parte de los defensores de la falsa doctrina popular. Sismondi y Malthus eligieron a Say como blanco de sus apasionados ataques cuando intentaron, inútilmente, reflotar las desacreditadas creencias populares.

## II

Say emergió victorioso de sus polémicas con Malthus y Sismondi. Aportó pruebas a su causa, mientras que sus adversarios no lo hicieron. Posteriormente, durante todo el siglo XIX, el reconocimiento a la verdad contenida en la ley de Say fue la marca distintiva de todo economista. Aquellos políticos y autores que atribuyeron la responsabilidad de todos los males a la supuesta escasez de moneda, y que defendieron la inflación como si fuera la panacea, dejaron de ser considerados economistas, para pasar a ser “maniáticos del dinero”.

La disputa entre los campeones de la moneda sana y los inflacionistas continuó por muchas décadas. Pero dejó de ser considerada como un conflicto entre distintas escuelas económicas. Fue observada como una lucha entre economistas y antieconomistas, entre hombres razonables y fanáticos ignorantes. Cuando todos los países adoptaron el patrón oro o el patrón oro de intercambio, la causa de la inflación pareció perderse para siempre.

La economía no quedó totalmente satisfecha con lo que Smith y Say enseñaron acerca de los problemas mencionados. Desarrolló un sistema integrado de teoremas que demostraron lógicamente lo absurdo de los sofismas inflacionistas. Describió detalladamente las inevitables consecuencias que tendrían un aumento de la cantidad de moneda circulante y la expansión del crédito. Elaboró la teoría

del ciclo económico (una teoría monetaria o de circulación del crédito), que mostraba claramente cómo la reaparición de depresiones en el comercio era causada por los repetidos intentos de "estimular" los negocios a través de la expansión del crédito. De esta manera se probó definitivamente que las depresiones atribuidas por los inflacionistas a la insuficiencia de la oferta de dinero son, por el contrario, la consecuencia necesaria de los intentos por subsanar esa supuesta escasez de dinero mediante la expansión del crédito.

Los economistas no discutieron el hecho de que una expansión crediticia crea, en un primer momento, un período de auge en los negocios. Pero explicaron de qué manera ese período de auge tan artificialmente creado debe, después de un tiempo, revertirse y producir una depresión general. Esta explicación podría interesar a estadistas que intentaran promover un bienestar duradero para su nación. No tendría influencia en demagogos que sólo se interesan por la inminente campaña electoral y que no se preocupan por lo que pasará pasado mañana. Pero son precisamente esas personas las que han cobrado notoriedad en la vida política de esta época, signada por guerras y revoluciones. Desafiando todas las enseñanzas de los economistas, la inflación y la expansión del crédito han sido elevadas a la categoría de principios supremos de la política económica. Casi todos los gobiernos están inmersos en enormes gastos y financian sus déficit emitiendo cantidades adicionales de papel moneda inconvertible y a través de una expansión crediticia ilimitada.

Los grandes economistas fueron precursores de grandes ideas. Las políticas económicas que recomendaban eran discordantes con las políticas practicadas por los gobiernos y partidos políticos de la época. Por lo general transcurrían muchos años, incluso décadas, antes de que las nuevas ideas fueran aceptadas por el público tal como habían sido enseñadas por los economistas y antes de que se efectuaran los correspondientes cambios de política requeridos.

Algo diferente sucedió con la "nueva economía" de Lord Keynes. Las políticas que respaldaba eran precisamente aquellas que casi todos los gobiernos, incluido el británico, habían adoptado mucho tiempo antes de que su *Teoría general* se hubiera publicado. Keynes no fue un innovador ni un precursor de nuevos métodos para conducir los asuntos económicos. Su contribución consistió más bien en brindar una justificación aparente para las políticas que eran populares entre quienes estaban en el gobierno, a pesar de que todos los economistas las consideraban desastrosas. Su logro fue racionalizar las políticas ya llevadas a la práctica. No fue un "revolucionario", como lo llamaron algunos de sus adeptos. La "revolución keynesiana" tuvo lugar mucho antes de ser aprobada por Keynes y de que éste fabricara una justificación pseudo científica para ella. Lo que realmente hizo fue escribir una apología de las políticas predominantes de los gobiernos. Esto explica el rápido éxito de su libro. Fue entusiastamente recibido por los gobiernos y partidos políticos en el poder. Un nuevo tipo de intelectuales, los "economistas del gobierno", estaban especialmente extasiados. Su conciencia los había tenido a maltraer. Habían notado que las políticas que favorecían eran criticadas por todos los economistas por ser inconducentes y desastrosas. Ahora se sentían aliviados, La "nueva economía" restableció su equilibrio moral. Hoy ya no sienten vergüenza de ser los instrumentos de malas políticas. Se enorgullecen. Son los profetas de un nuevo credo.

### III

Los epítetos exuberantes que estos admiradores confirieron al trabajo de Keynes no pueden ocultar el hecho de que éste no refutó la ley de Say. La rechazó emocionalmente, pero no desarrolló ni un argumento válido para desautorizar los razonamientos de Say.

Keynes tampoco intentó refutar las enseñanzas de la economía moderna a través de un razonamiento discursivo. Nunca encontró una palabra para hacer una crítica contra el teorema que explica que un aumento de la cantidad de moneda no puede tener otro efecto que no sea, por un lado, el de favorecer a algunos grupos a expensas de otros, y por el otro, el de fomentar la mala inversión y la desacumulación de capitales. Estaba completamente perdido cuando intento desarrollar algún argumento sano para refutar la teoría monetaria del ciclo económico. Todo lo que hizo fue revitalizar los dogmas contradictorios de varias sectas del inflacionamiento. No agrego nada a las presunciones vacías de sus predecesores, desde la antigua Birmingham School of Little Schilling (Escuela de los Pequeños Chelines de Birmingham) hasta Silvio Gesell. Pasó por alto todas las objeciones que los hombres como Jevons, Walras y Wicksell –para mencionar unos pocos- hicieron contra los apasionados arranques de los inflacionistas.

Lo mismo sucede con sus discípulos. Piensan que, tildando a “aquellos que no pueden admirar el genio de Keynes” de “fanáticos intolerantes” o “estúpidos”<sup>3</sup>, pueden remplazar el razonamiento económico sano. Creen que aportan pruebas a su causa cuando pretenden desautorizar a sus adversarios, llamándolos “ortodoxos” o “neoclásicos”. Revelan una ignorancia infinita cuando presumen que su doctrina es correcta por el hecho de ser nueva.

De hecho el inflacionismo es la más antigua de las falacias. Era ya muy popular antes de Smith, Say y Ricardo, cuyas enseñanzas no encontraron otra objeción por parte de los keynesianos que no fuera su antigüedad

#### IV

La popularidad sin precedentes del keynesianismo se debe al hecho de que brinda una justificación aparente para los políticas de “gasto deficitario” de los gobiernos contemporáneos. Es la seudofilosofía de aquellos que no pueden pensar en otra cosa que no sea dilapidar el capital acumulado por generaciones anteriores.

Sin embargo, ninguna apasionada declaración puede alterar leyes económicas perennes, por más que aquella provenga de autores sofisticados y brillantes. Estas leyes existen funcionan y cuidan de sí mismas. A pesar de todos los arranques verbales de los voceros gubernamentales, las consecuencias inevitables del inflacionamiento y expansionismo previstas por los economistas “ortodoxos”, se harán evidentes y entonces, muy tarde por cierto, hasta la gente simple descubrirá que Keynes no nos enseñó a obrar el “milagro [...] de convertir piedras en pan”,<sup>4</sup> sino el procedimiento nada milagroso de comer granos de trigo.<sup>5</sup>

\* Keynes, op. cit., p. 3.32.

\*\* Véase también Herry Hazlitt, *The Failure of the "New Economics"*, capítulo III, "Keynes vs. Say's Law", pp. 32-4.3. Arlington House, New Rochelle, New York 10801, 1959. Véase también Clarence B. Carson, "Permanent Depression", *The Freeman*, diciembre de 1979, vol. 29, N° 12, pp. 743-751. The Foundation for Economic Education, Inc., Irvington-on-Hudson, New York 10.533.

<sup>3</sup> Profesor G: Haberler, op. cit., p. 161.

<sup>4</sup> Keynes, op. cit., p. 332.

<sup>5</sup> Véase también Herry Hazlitt, *The Failure of the "New: Economis"*, capítulo III, "Keynes vs. Say's Law", pp. 32-4.3. Arlington House, New Rochelle, New York 10801, 1959. Véase también Clarence B. Carson, "Permanent Depression", *The Freeman*, diciembre de 1979, vol. 29, N° 12, pp. 743-751. The Foundation for Economic Education, Inc., Irvington-on-Hudson, New York 10.533